

# LOS LIBROS

---

*Quinta dimensión*, de ARTURO ALDUNATE PHILLIPS.

Editorial Universitaria, 1958

MIENTRAS LOS GÉNEROS LITERARIOS de creación pura se multiplican en obras de variada calidad, aquellos en que intervienen la meditación y el estudio son muy escasos en la producción intelectual de nuestros días. La precocidad y la improvisación podrían explicar la abundancia de versos y cuentos, ya que la novela exige mayor madurez y experiencia.

Las más recientes promociones literarias se atropellan por publicar, por sobresalir, por imponerse. El orgullo y la vanidad —pecados de juventud, por lo tanto perdonables—, los impulsa a solicitar una consagración prematura. Lo que debiera venir después de los años de plenitud creadora como coronación a una labor de continuado ejercicio y esfuerzo, lo desean ya los jóvenes para ceñirse la frente de honores y glorias y obtener las prebendas a que se sienten llamados por sus obras promisorias. En tanto el ensayo y la crítica profunda, reflexiva, analítica —no la periodística, de elogios y ataques arbitrarios—, apenas si tienen quienes los representen con el rango superior que tal actividad requiere.

La crítica en profundidad y el ensayo suponen estudio y meditación —ciencia y paciencia—; pero la juventud, presurosa de destacarse, prefiere la poesía y la narración. El ensayo es un género de madurez. No basta para cultivarlo condiciones literarias expresivas. Sus mismos deslindes son imprecisos y por su amplitud no es fácil definirlo en su total sentido. Se ha dicho que el ensayo consiste en ahondar en una materia, en plantear un problema, en suscitar inquietud en torno a él, en evitar conclusiones categóricas, que en algunos casos basta insinuar, atisbar, sugerir, como si se tratara de algo inconcluso. “Poesía de las ideas”, llamó Andrenio al ensayo. En una hora de examen de conceptos, de revisión de viejas teorías, de sorprendentes descubrimientos,

de tantas perspectivas en la visión del mañana, el ensayo es el género que mejor encaja con la problemática del conocimiento humano.

Hemos tenido ensayos de carácter histórico, social y literario. Muy escasos han sido los de contenido científico. O es la obra de un especialista para especialistas, es decir, un tratado; o es el texto escolar para escolares, es decir, un manual. El ensayo reclama a quien lo cultiva, además de los requisitos señalados, dignidad de estilo y esa cortesía de que hablaba Ortega y Gasset de ser claro para hablar de temas profundos y complejos. El ensayista debe poseer la calidad del literato con toda la potencia que da la intuición creadora y la del científico con todo el saber que dan los estudios clarificados y fidedignos.

Dentro de tales límites, *Quinta dimensión*, de Arturo Aldunate Phillips, es un ensayo cabal. No encontramos en este libro la exposición simplificada y simplista frecuente en esas publicaciones en que, so pretexto de divulgación, se rebaja el conocimiento a un plebeyismo conceptual de evidencia absoluta, de certeza comprobada, y de tan fácil asimilación como píldoras vitamínicas, con ahorro del laborioso proceso digestivo para obtener la riqueza alimenticia deseada. Así, esos "compendios" o "resúmenes", en los cuales el lector no se exige intelectualmente, quedando la ciencia al alcance de todos y en condiciones de opinantes obligados de cuanto conocimiento existe.

Arturo Aldunate dice, previamente, que aspira a una labor de divulgación. Pero su divulgación supone conocimientos básicos y actitud receptiva y, sobre todo, inquietarse por comprender lo esencial de los descubrimientos e inventos físicos, químicos, matemáticos, astronómicos y de todo orden que en los últimos cien años han hecho cambiar la concepción del mundo y la posición del hombre frente a la vida y la muerte. No seguiremos al autor en su exposición. Resumirla es ya una labor propia de quien conoce a fondo los problemas expuestos y planteados. Le agradecemos que los haya clarificado sin rebajarlos de su alto nivel científico. Y si a veces quedamos al margen de la comprensión de muchos detalles de disciplinas que escapan a nuestro conocimiento, advertimos a lo largo de todos sus estudios constantes ideológicas surgidas de la filosofía que se desprende del análisis de las investigaciones y descubrimientos últimos. En su exposición, Arturo Aldunate se ajusta al rigor científico y al ordenamiento racional de las fuentes originarias en que se ha nutrido. No se queda, empero, en la exposición árida y escueta. La anima con el fuego de su propia interpretación y la embellece con el aliento de su alma de artista.

Ni los sabios ni el glosador adoptan una actitud dogmática como si revelaran la verdad absoluta y el misterio de la vida. Son cautelosos y no dicen más que aquello que lograron evidenciar. Actitud opuesta, según Arturo Aldunate, al agnostismo de los hombres de ciencia del siglo XIX, que llegaron, en sus afirmaciones, a reducir la vida a meros fenómenos físico-químicos, a una explicación mecanicista de la existencia. Incluso, todavía hay quienes sostienen que basta una incisión en el cerebro para alterar la esencia de la personalidad humana. Bien sabemos que es ella demasiado compleja y que en su gestación y expresión intervienen variados factores ajenos al individuo mismo. ¿Podremos modificar los factores hereditarios? ¿Y la educación no cuenta para nada en la formación de la personalidad? ¿Y no sabemos que muchas veces el hombre obra por la gravitación que en él ejercen las circunstancias? No negamos que elementos biológicos esenciales condicionan la actitud del ser; pero lo glandular, por ejemplo, recibe la influencia de la reacción espiritual. Sin duda hay entre cuerpo y espíritu una íntima correspondencia. ¿Podría la ciencia, con todos los adelantos de que tanto se ufana, explicar el misterio de la creación artística? No ha explicado siquiera el origen del cáncer. Acaso una postura expectante sea lo más conveniente, en tanto la ciencia continúa investigando en el ser y el cosmos los fenómenos y hechos que todavía no ha logrado desentrañar.

Tiene, pues, la ciencia mucho camino por recorrer. Acaso no estén tan lejanos los días en que ella revelará aquellos fenómenos que por nuestra incapacidad de explicarlos llamados misterios. Arturo Aldunate prefiere resignarse ante este desconocimiento y aceptar la existencia de poderes sobrehumanos. "Mucho más honrado —dice el autor—, serio, científico, sería reconocer que no sabemos cómo esos fenómenos suceden y advertir, no obstante, que se ha podido comprobar que ellos se atienen a un sistema y siguen directrices y normas que, según nuestros limitados conocimientos y el juicio que tenemos de la inteligencia, permiten descubrir en el Universo la clara huella de un Creador, de un Demiurgo, cuyas condiciones quedan fuera de nuestra actual capacidad de comprensión." Muy respetable la opinión de Arturo Aldunate, incluso el empleo de los adjetivos honrado y serio, no así el de científico. Si dice el mismo Arturo Aldunate que la ciencia ha sido incapaz de explicar la creación y el origen del hombre, ¿cómo, entonces, resulta *científico* reconocer la presencia intangible de un Demiurgo?

Y para reforzar sus conceptos, acude a la alta e insospechada autoridad del genial Einstein, en cuyas palabras se ampara citando las que convienen a su

posición. "De aquí nace —son las palabras de Einstein citadas por Aldunate— el tipo de religiosidad que ningún hombre inteligente y culto puede dejar de tener; que trasciende la conciencia de que existe un ser superior, una ordenación inteligente, un destino en la evolución del hombre. No se trata de un vago panteísmo sino de un claro concepto sobre un supremo poder de la más alta jerarquía."

La verdad es que, sin conocer las palabras preinsertas de Einstein, hemos oído a personas de escasas letras aceptar, también, ese poder superior, de sobrehumanas condiciones y que ya desde tiempos remotos había sido concebido por el hombre mediante las más extrañas formas y con las más variadas denominaciones. Einstein habla de religiosidad como quien dice recogimiento, un estado del alma iluminada por una luz extraña, que se traduce en humildad y admiración ante la grandiosidad de cuanto ha sido creado. Actitud propia de todo hombre que profesa alguna religión, sea cristiana, musulmana, budista o de cualquiera otra religión de oriente, que todas las universalmente difundidas vienen de esa latitud. Coinciden en su origen y si en su formulación y ritos defieren, no hay razón para que se rechacen mutuamente ni para creer que cada una es la poseedora de la verdad absoluta.

Muchas acotaciones más podríamos hacer en torno a *Quinta dimensión*. Entre otras, que la ciencia no ha traído la felicidad ni siquiera la paz entre los seres humanos. Si por un lado busca los medios que proporcionan satisfacciones materiales y prolongan la existencia, por otro, inventa armas tan mortíferas que basta su empleo en pocos minutos para destruir gran parte de la humanidad. Siguen las desigualdades económicas, las injusticias, la explotación, los crímenes. Continúan los hombres devorándose entre sí como lobos de una misma jauría. Estamos saturándonos de técnicas. Mientras tanto, los factores morales y espirituales permanecen atascados como si algo les impidiese caminar. A pesar de ello, Arturo Aldunate alienta una gran esperanza. Sus palabras finales son un canto al futuro, allí donde el hombre vivirá sin temores "al abrigo de la Fe y del ambiente fraternal que haya sido capaz de crear a su alrededor". Sin desconocer el valor que para la conducta humana tiene la confianza en los poderes superiores, el hombre, valiéndose de su propia conciencia, sin otra luz que la de su capacidad intelectual, puede también llevar a la humanidad a un estado de plenitud espiritual, de armonía y belleza.

Pocas veces se había publicado en Chile un libro de más ricas facetas y de mayores sugerencias como éste de *Quinta dimensión*. Podremos no adherir a

algunas apreciaciones de Arturo Aldunate, incluso discrepar en ciertos puntos básicos de sus conclusiones. Pero su obra posee tal densidad de ideas y conceptos científicos y filosóficos, expuestos con riguroso método y en una prosa aligerada por el vuelo imaginativo y poético, que es de aquellas que enorgullecen al país del autor, dándole a éste la categoría que sólo logran los espíritus disciplinados en un auténtico humanismo.

MILTON ROSSEL.



*Algunos*, de GONZÁLEZ VERA.

Edit. Nascimento, 1959

SE HA DICHO, con reiteración, que González Vera, Premio Nacional de Literatura, ha llegado a moverse con maestría en las zonas estilísticas de una difícil sencillez. Se destaca, al mismo tiempo, su acuidad humorística. He ahí que tal sencillez no supone vacilaciones formales. La ausencia de palabras subalternas, ancilares, no ocasionan falta de energía y de ritmo. Tampoco la construcción sintáctica es pueril.

González Vera suele escamotear los nexos, por obra y gracia de una poda consciente, de una constante limpieza de malezas, de florecillas que, no obstante su policromía, desentonan. En sus páginas se han limado las aristas, se engastaron los vocablos, después de calibrar su peso emocional y estético. Resultado de todo ello: una prosa de gran pureza, una fácil andadura expresiva, algo así como la orquestación comedida de un lenguaje hablado, en cuya sinceridad yacen matices de belleza.

Y el humor. Diríase brotado, no de los contrastes violentos, ni de las situaciones de excepción, sino, más bien, como efluvio del vivir normal. Y este humorismo no incita a la risa. Produce complacencia, dilecciones sutiles. Sin duda, de las prosas de González Vera se expande un halo de gracia, revestida, a veces, de ironía, sin llegar al sarcasmo, dominio este último en donde el humorista se deshace a sí mismo.

No suele haber chistes en los libros de este escritor. Quizás porque el chiste exige, con frecuencia, la preparación de un escenario convencional. Su gracia es de fácil alumbramiento, de natural llegada al mundo de los hombres. ¿Acaso, en esta parcela estética, también ha ejercido meticulosas revisiones? Si así fuera, habría un mérito más que añadir. Porque el humorismo, sólo puede estilizarse, cuando su creador es de muy fina curva sensitiva.